

De este modo, con la mirada puesta en el futuro e inspirado en las mismas promesas del Corazón de Jesús, manifiesta a toda la cristiandad dónde poner su confianza para no verse defraudada en su deseo de salvación: «Cuando la Iglesia estaba oprimida por el yugo de los césares en sus tiempos primitivos, una cruz se manifestó en lo alto al joven emperador como auspicio y causa de la victoria que luego alcanzó. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos otro signo faustísimo y divinísimo: el Sacratísimo Corazón de Jesús, con la cruz sobrepuesta, resplandeciente entre llamas con muy brillante fulgor. En El hay que colocar nuestra confianza; a El deben pedir, y de El deben esperar la salvación de los hombres, su salud».

LA RECEPCION DE LA "RERUM NOVARUM" EN EUROPA Y EN ESPAÑA

POR

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN(*)

SIGNIFICADO

La *Rerum novarum* (1891) de León XIII es, a la vez, el punto de llegada y de partida del vasto movimiento social-católico que une una cadena de generaciones. Marcó —no creó— el punto decisivo al centrar la discusión y las actuaciones de dicho movimiento y al abrir nuevas perspectivas. Según Turman, es, a la vez, una «conclusión doctrinal de largas y fecundas controversias y un prólogo».

El movimiento social-católico anterior y posterior a la encíclica ha originado una pléyade de estudios (1), por lo que sólo in-

(*) Historiador.

(1) Citamos algunos autores ya clásicos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuyos estudios, fuente bibliográfica y documental, son de

dicaremos los datos mínimos indispensables. La valoración del catolicismo-social ha quedado injustamente oscurecida, relegada y aun ignorada, en parte debido al carácter espectacular del obrerismo revolucionario y a las tensiones y estallidos producidos por él, considerado este último en sí mismo, como precedente de las revoluciones bolchevique y de otras posteriores, o bien como antecesor de las actuales organizaciones denominadas de izquierdas. Los motivos ideológicos de dicho oscurecimiento y olvido son manifiestos.

PRECEDENTES

La actividad de los católicos-sociales previa a 1891 fue muy considerable y variada conforme a las circunstancias religiosas, políticas, sociales y económicas de cada país. Demostraron aquéllos no vivir aislados de los graves problemas sociales originados por un liberalismo económico-social, desarrollado con trágicas consecuencias al filo de las dos primeras revoluciones industriales. Si antes de 1850 la industria abarcaba a una población muy escasa (en Alemania la proporción era de 1 obrero industrial o proletario, 5 artesanos y 57 campesinos, aunque el Reino Unido fuese el país verdaderamente industrial), en 1891 la población industrial había crecido de forma considerable. Los social-católicos tuvieron el gran acierto de abarcar todos los campos vitales de la sociedad, no sólo el trabajo y de éste no sólo el industrial. La inquietud social, laten-

obligada consulta: Arboleya Martínez, M.; Baratech Alfaro, F.; Civera i Sormani, J.; De Gaspari, A.; Girard; Gregorie, L.; Greiffenrath; Ibeas, B.; Lagúa Lliteras, J.; Monedero Martíá, A.; Nevares, S.; Nitti; Noguera, N.; O'Reilly, B.; Palau, G.; Pascal; Pfülf, O.; Vicent, A.; Sanz y Escartín, E., y Turmann, M.

Otros autores actuales son: Aubert, R.; Aldea Vaquero, Q.; Andrés-Gallego, J.; Benavides, D.; Bendiscioli, M.; De Plinval, G.; Duroselle, J. B.; Elorza, A.; Fogarty, M.; Gadille, J.; García Granda, J.; García Nieto, J.; Gerard, E.; Hilaire, Y. M.; Jarlot, G.; Jutglar, A.; Latreille, A.; Martínez-Hernández, E.; Mayeur, J. M.; Llorens, M.; Jedin, H.; Köhler, O.; Olabarri Gortázar, I.; Régnier, J.; Remond, R.; Reppen, K.; Schmidlin, A. J.; Tejedor, J. M.; Trezzi, L.; Tusell, J. Valle, F. del; Villain, J.

te o manifiesta, se organizó paulatinamente, aunque con una prontitud, rapidez y eficacia desigual según el país. En Alemania, Bélgica, España, Francia e Italia comienza entre 1830 y 1840; en los dos primeros países su desarrollo fue rápido y muy notable, mientras en los restantes fue más lento, reactivándose tras 1891. En España se comprende esta lentitud dado que en 1887 dos tercios de su población era rural; por ello, el duro juicio de Tusell sobre el retraso del movimiento social-católico nos parece desmedido. Los católicos-sociales en Europa plantearon teórica y prácticamente soluciones a la altura de la ciencia y práctica asociativa contemporánea. En esta tesitura, no pocos católicos recelosos acusaron a los católicos-sociales de socialistas y revolucionarios, o bien de enemigos de la economía y el desarrollo industrial, esto es, de antiodernos. Era el precio a pagar en este tiempo. Esto nada tenía que ver con el hecho de que, por lo general, las iniciativas y el impulso inicial del movimiento social-católico fuesen, principalmente, de los tradicionalistas por antiliberales y antirrevolucionarios, salvo en Bélgica donde los ultramontanos y no pocos católicos-liberales hacían un frente común al respecto.

Sería prolijo y reiterativo enumerar las actividades episcopales (2), de numerosos sacerdotes (3), de laicos —aristócratas (4)

(2) Algunas de estas actividades son anteriores al manifiesto que la «Liga de los comunistas» (fundada en 1847 y procedente de la «Liga de los Justos») encarga a Marx pocos días antes de la revolución parisina de febrero de 1848, difundido aquél a gran escala sólo a partir de 1870. Son coetáneas a los socialismos utópicos (Fourier y Owen) y proletarios (Blanc, Blanqui, Cabet, Flora Tristán, Proudhon, y los «científicos» Bakunin y Marx). Dichas actividades se expresan en documentos y estudios; en la defensa práctica del obrero desde 1838, en el ejercicio de la mediación entre patronos y obreros, etc.

Las primeras voces episcopales corresponden a los obispos de Annecy, Cambrai (1830, 1845-1846), Lyon (1831, 1834), París (1843), Rouen (1840), Speir. Les suceden, con fuerza, W. Emmanuel von Ketteler (1811-1877), ob. de Maguncia; Gibbons, ob. Baltimore; Manning, ob. Londres; Mermillod, ob. Friburgo y Ginebra; Doutreloux, ob. Lieja; Lecot, ob. Burdeos; Pecci, ob. Perusa (1877, futuro León XIII). También destacan los obispos de Barcelona (1912), Córdoba (1876), Palencia, etc.; Cleveland (Ohio), Co-

y empresarios (5)—, de las asociaciones de obreros industriales (6) y de trabajadores del campo, de Congresos, de peregrinaciones de los Círculos Católicos Obreros de Francia, España, etc., hasta

lonia, Quigley (Buffalo), Luxemburgo, Nottingham (1885), Tréveris, Salford (1890).

(3) Es obligado citar a Frédéric Ozanam, verdadero iniciador del movimiento social-católico. En 1833 funda las Conferencias de San Vicente de Paúl que, extendidas con rapidez por toda Europa, llegan a España en 1840.

(4) Los más conocidos son, en Francia: los legitimistas y antitrevoucionarios marqués de La Tour Du Pin y conde Alberto de Mun; barón de Monténac y Federico Le Play (consejero de Estado de Napoleón III). En Austria: príncipes Alfredo y Luis Liechtenstein; condes de Belcredi, Blome, Leothon, Kuefstein...; barón Carlos Vogelsang († 1890). Este núcleo adquiere una gran importancia como pioneros del movimiento social-católico e inspiradores de la élites de otros países, sobre todo Vogelsang. Todos ellos son legitimistas. En Alemania: príncipe de Löwenstein; condes de Gallen y Loë; barón de Hertling. En España: duques de Bailén, Ripalda y Sotomayor; marqueses de Comillas (segundo) y Cubas; condes de Cadillo, Socorro y Torres-Cabrera...; vizconde de Eza, etc. Junto con los pensadores tradicionalistas forman el núcleo inicial en el cual sólo una minoría estaba vinculada al conservadurismo (Tusell).

(5) El legitimista León Harmel (1829-1915) y el sacerdote Alet fundan la «Union fraternelle du Commerce et de l'Industrie» (1889). Harmel, que organizó las peregrinaciones de obreros a Roma en 1887, 1889 y 1891, aplicó los principios social-cristianos en Val des Bois (junto a Reims). Franz Brandts (1834-1914) funda el «Arbeiterwohl» o «Federación de los industriales y de los amigos de los obreros» en München-Gladbach (Bajo Rin). Ambos industriales procedían del sector textil.

(6) Citamos algunos ejemplos. En Francia, De Mun y La Tour du Pin fundan los «Cercles catholiques d'ouvriers» en 1871. En 1880 tienen 40.000 afiliados y en 1906, tras el «ralliement» ascienden a 60.000 miembros agrupados en 418 asociaciones de trabajadores. Aunque, según Köhler, estas no son cifras elevadas, nos resultan altamente significativas por su considerable volumen. En realidad, en Francia el movimiento social se retrasó. En 1913 el obrerismo en general asciende a 100.000 obreros católicos en Francia (Hilaire).

En España, Antonio Vicent, S. J., funda su primer Círculo de Obreros Católicos en Manresa (Barcelona), en 1864. Es el pionero en España y Europa. En Jerez de la Frontera se funda en 1872; en Alcoy, por Pastells, en 1872-1873 y varios en Córdoba por el obispo Ceferino González en 1877. En las diócesis de Valencia, los Círculos tenían 16.000 socios en 1893; en

Roma (7), de círculos de estudio creados en las décadas de 1870 y 1880, de publicaciones de carácter científico o divulgativo (8), de prensa, y de no pocos diputados parlamentarios social-católicos.

REACCIONES

El contenido de la *Rerum novarum* tuvo como precedente inmediato la «Escuela de Lieja» (Congresos belgas de 1886 y 1890), heredera ésta de las tesis del alemán Ketteler («nuestro predecesor», según León XIII), y la «Unión de Friburgo» (Suiza) dirigida por el obispo Mermillod. También influyeron pensadores de Francia, Reino Unido y Estados Unidos. En este sentido, la encíclica no fue del todo original. Su repercusión fue amplísima en el mundo católico y fuera de él. Así lo indica la prensa del momento (*Figaro*, *St. James Gazette*, *Guardian*, *Times*, *Norddeutsche Allegemeine...*) y José Toniolo (9). Los principales periódicos comentaron la encíclica y la reprodujeron total o parcialmente. Las reacciones fueron muy variadas. La apoyaron gran parte de las fuerzas propiamente católicas y, por ejemplo, recibió alabanzas del periódico socialista *Vorwärts* y del liberal *Berslauer Zeitung*, así como de

1895 eran 36.00 afiliados en toda España con un total de 169 Círculos (Tussell). En 1881 se funda una asociación obrera en Valladolid y en 1883 otra en Burgos. Son los comienzos. Por ejemplo, en Italia, la «Opera Dei Congressi» fundada en 1874 reunía a 80.000 trabajadores en 1891.

(7) Por ejemplo, en Francia se organizan el 23-II-1885 (patronos), y por Harmel el 16-X-1887 (obreros), noviembre de 1889 (10.000 trabajadores) y 1891 (15.000 obreros); en 1897 se inaugura una nueva serie de peregrinaciones. El P. Vicent y el marqués de Comillas, que organizan varias movilizaciones, en 1894 mueven a 18 ó 19.000 obreros.

(8) Los primeros libros son los de VILLENEUVE-BARGEMONT, *Libro de los afligidos* (1828) y *Economía política y cristiana* (1839). Una de las primeras revistas es la francesa *Association catholique* fundada por De Mun en 1875, *Questions sociales...* (1882), *Corporation*, *La Reforme Sociale*, etcétera. En 1835 un escrito social en Alemania se adelanta diez años a Marx.

(9) Por ejemplo, en la *Revista internacional de ciencias sociales y disciplinas auxiliares*, fundada por la «Unión católica para los estudios sociales» en 1893 y dirigida por Mons. Talamo. Toniolo funda dicha Unión en 1889.

personalidades como Barrés y Paul Lafargue (socialistas) y Leroy-Beaulieu (liberal) (10). Por el contrario, la mayoría de los especialistas, ciertos rígidos conservadores (católico-liberales o no) y revolucionarios, objetaron al Papa con razones diversas. En España fue mal acogida por *El Socialista* (PSOE) y *El País* (republicano); a Castelar le causaba «pena hondísima» por ser impropia de la autoridad religiosa y por contrariar la economía liberal (Schmidlin, Tusell); y el partido conservador de Cánovas, después de un inicial titubeo, quiso apropiarse de su contenido (11).

REPERCUSIÓN

La *Rerum novarum*, oportunísima, contribuyó sobremanera a los estudios sociales. Abundaron controversias interpretativas (sobre el salario justo, la intervención del Estado, la huelga, las asociaciones o sindicatos mixtos o sólo de obreros, etc.), debido al

(10) Este último en su comentario titulado «La papauté, le socialisme et la démocratie» (1892). Según Lafargue, la encíclica era el acto más importante de la catolicidad en este siglo, y un documento interesantísimo, muy bien pensado y escrito.

(11) Según Augusto José Schmidlin: «En realidad, el grupo político que de alguna manera podía encontrarse cercano a la doctrina papal era el tradicionalista, desde siempre antiliberal, también en lo económico». Sin embargo, añade, por parte del partido conservador «era preciso aceptarlo [el documento pontificio] para no dejar que los carlistas detentasen en exclusiva la bandera social dentro del campo conservador». Turman, sin citarlo nominalmente, retrata al Carlismo como propugnador del catolicismo-social, lamentándose de que éste no hubiese sabido ser eficaz y práctico al respecto. Vinculados al tradicionalismo español, destacamos como pensadores social-católicos a los publicistas J. Balmes y J. Donoso Cortés, aunque les faltase captar la realidad integral, conectar con la problemática global y ofrecer soluciones eficaces (Schmidlin). SCHMIDLIN, A. L., *Historia de la Iglesia. El mundo secularizado*, Valencia, Ed. EDICEP, 1985, vol. XXV, 650 págs. págs. 106, 110-111; TURMAN, Max, *El desenvolvimiento del catolicismo social desde la encíclica Rerum novarum. Ideas directrices y caracteres generales*, Madrid (1990), 446 + XXIII págs., pág. XVIII. Según Tusell, «por entonces [los conservadores] trataban de lograr la aprobación en las Cortes de los primeros proyectos de reforma social».

estilo algo abstracto de la encíclica y a sus conscientes ambigüedades. Por otro lado, el Papa admitía diferentes técnicas de acción práctica en las que dejaba a los católicos libertad para obrar en conciencia y con criterio propio según las circunstancias. Proliferaron enseñanzas episcopales (12), catecismos, comentarios y adaptaciones de la encíclica, estudios económicos (13), publicistas y hombres de acción (14), cátedras sociales (15), revistas científicas (16), publicaciones diversas, el periodismo, etc.

También se intensificó una actividad social plasmada en numerosas y variadísimas instituciones y creaciones sociales, dirigidas por un elevado número de clérigos (17) y seglares de indudable categoría personal y preparación social. Uno de los principales logros de León XIII fue promover las asociaciones del trabajo en una sociedad individualista, tan combatidas por los liberales. Se

(12) Maurice Rigaux registra 1.516 documentos episcopales hasta 1931, entre los cuales 96 son una aportación española, «nada despreciable por cierto» (Quintín Aldea).

(13) Algunos economistas son: Catherin, Mayer, Medalogo, Mulvezzi, Pascal, Pesch, Portier, Toniolo, Scheicher y Weissa.

(14) Por ejemplo: Ariëns, Ballerini, Bonomelli, Brunnetière, Burri, Cerutti, De Mun, Decurtis, Durand, Fonsgrive, Gayraud, Goyau, Hitze, Karolyi, Lemire, Mellaerts, Murri, Taparelli, Van den Elzen y Weis.

En España destacan: M. Arboleya Martínez, S. Aznar, L. Chaves, Gafo, Gerard, B. Ibeas, Navares, Noguera, G. Palau, Poveda, Salaberry, Sanz Escartín (uno de los primeros difusores del pensamiento de León XIII); A. Vicent, etc. Quintín Aldea y otros autores han efectuado la biografía de numerosos españoles dirigentes, publicistas y hombres de acción católico-social; casi todos ellos son posteriores a 1891.

(15) Tales son: Brants, Deploige, Toniolo, etc. En España: Castroviejo, Jordana de Pozas, Minguíjón, Rodríguez de Cepeda que propagó en España las ideas de la «Unión de Friburgo», Ruiz del Castillo...

(16) En España: *La Paz Social* (Aznar, 1907) es el órgano más importante, *La Revista Social*, *El Social*, *La Revista católica de las ciencias sociales*... En Francia: *XX siècle* (Marsella), *Démocratie Chrétienne*, *Sociologie Catholique* (Montpellier), *La Justice Sociale* (Burdeos), *La Vie Catholique* (París), *Peuple* (Lille) y más de 30 revistas más.

(17) Por ejemplo, Alemania: Hertling, Hitze, Hohoff, Litzinger. Francia: Alet, Fontan. Italia: Cerutti, Murri. Polonia: Stojalowski. Reino Unido: Gasquet. Bélgica: Daens, Mellaerts, Pottier, Rutten.

crearon asociaciones de propaganda (18), sociedades obreras de socorros mutuos para enfermedad, etc. (desde 1840 en España —sociedad de tejedores de Barcelona—, 1850 en Francia, 1850-1860 en Bélgica e Italia, etc.), Montes de Piedad, Círculos de Obreros de España (con fines, según este orden, religiosos, instructivos, económicos y puramente recreativos, esto es, no reivindicativos), escuelas para hijos de obreros, protección de la vivienda, cantinas y tiendas de abastecimiento para trabajadores, cocinas económicas, conferencias sociales populares, corporaciones y escuelas profesionales, bancos en apoyo de las corporaciones, cajas de ahorro, cooperativas de producción y crédito y consumo tanto agrarias como industriales, asociaciones de carácter sindicalista capaces de competir con los socialistas (19), arbitrajes de disensiones sociales, oficinas de colocación, consejos de fábricas, etc. Es decir, instituciones de ayuda mutua de tipo cooperativa y sindical.

Los numerosos Congresos celebrados tuvieron un carácter interdisciplinar, doctrinal y organizativo, quizás defensivo, algunos no fueron lo debidamente eficaces ni profundamente sociales, otros fueron internacionales, y todos se mostraron absolutamente distanciados de los Estados laicistas y del socialismo. Tanto en los Con-

(18) Además de la «Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera» fundada por el marqués de Comillas tras 1891, que tenía 6.000 socios en 1897, sólo señalaremos la «Acción Social Popular» creada por Gabriel Palau en Cataluña en 1908, como el sindicato más importante en la España del momento. En 1912 tenía 15.200 socios y en 1915 hasta 27.352 miembros. Esta Acción Social supone la aplicación del «Volkverein» (1890) alemán, de la Unión Popular Italiana y la Acción Popular de Reims. La obra del P. Palau se disuelve en 1916 siendo sustituida por la «Acción Popular», cuyo empuje y funcionamiento fue mucho menos brillante. Enmarcamos esta desaparición en el conflicto entre las dos corrientes asociacionistas existentes en España.

(19) En España, las agrupaciones formadas por el P. Vicent y el marqués de Comillas se reúnen en el Consejo Nacional de las Corporaciones católico-obreras (1893). Se crean el Sindicato Ferroviario de Madrid (P. Gafo, 1914); Sindicatos Libres católicos (Gerard, 1912); Federación Nacional de sindicatos católicos libres (1916-1923) como sindicato puro; Solidaridad de obreros vascos (STV, 1911); Confederación Nacional de sindicatos católicos (CNCS, 1919); Sindicato libre regional de Barcelona (1919, legitimista o

gresos como en las Ligas católicas y las Semanas Sociales (20) se entrecruzan los aspectos religioso, político y social. En realidad, el empuje católico-social es simultáneo a una pléyade de manifestaciones y actividades católicas.

Las asociaciones abarcaron todos los sectores demográficos, productores o no: obreros cualificados y sin especializar (21), campesinos, clase media (empresarios, comerciantes, maestros, oficiales artesanos), jóvenes, estudiantes, mujeres (como tales o en cuanto madres), etc.

La intensidad de todos los logros citados varía conforme a la fecha y el país. Francia se caracterizó por ser un «semillero» de ideas; Bélgica por su pragmatismo y por la creación de una red de realizaciones e instituciones muy florecientes y fructíferas, debido a la inexistencia de conflictos entre Iglesia y Estado; Italia por la gran importancia de la Iglesia institución (la parroquia) durante el siglo XIX; Alemania por el rápido despertar doctrinal

jainista); Confederación Nacional de Sindicatos Libres (CNSL, 1923). Los sindicatos agrarios cobran gran auge tras 1905. En 1917 se crea la Confederación Nacional Católico Agraria, que en 1919 poscía 500.000 socios que representaban a dos millones de personas (Tusell); en 1920 alcanzaba los 600.000 socios (Olabarri); y en 1923 tenía 57 federaciones, 4.000 sindicatos locales y 600.000 familias asociadas (Quintín Aldea).

En Alemania los sindicatos comienzan en 1895 (sindicato minero), en Francia en 1904 y en Italia en 1919. En Italia, en 1891, había 80.000 obreros católico-sociales y en 1918 ascienden a 800.000 miembros, pues en 1905 se organiza la «Unióni cattolice» (política) y su paralela «Unióni economico sociales» (social) que supusieron un movimiento mucho más organizado que la «Opera Dei Congressi» de 1874. En Alemania, a finales del siglo XIX la social-democracia contaba con 1.100.000 afiliados y el movimiento católico nada menos que con 800.000 miembros (Reppen).

(20) Como en otros países, en España hay numerosos Congresos: los inicia el de 1889 (Madrid) y el de 1902 (Santiago) impulsa la cuestión social. También destacan las Semanas Sociales de Valencia (1907), Sevilla (1908) y Santiago (1909); el Instituto de Reformas Sociales se funda en 1904. En Alemania las Dietas comienzan en 1869, y en Francia y Bélgica las Semanas Sociales en 1904 y 1910, respectivamente.

(21) El movimiento social-católico también se desarrolló en los centros altamente industriales del mundo católico europeo: alta Silesia, valle del Po, Milán y Turín, Barcelona, Bilbao y Oviedo, y desde Hamín hasta Dunkerque.

(1835) y práctico del movimiento social-católico, que ya en 1848 estaba muy desarrollado y cuya pujanza configuró un catolicismo social de masas; y España con una acción social temprana —aunque limitada— nacida, en parte, como necesidad y respuesta a la desarticulación de la beneficencia católica provocada por las desamortizaciones. La encíclica fue acogida con fervor en los diferentes países, salvo en Alemania: en ésta el catolicismo social estaba muy desarrollado y la encíclica no abría nuevos caminos, ni contenía aspectos relativos a la política social del Zentrum, ni los problemas tratados le resultaban actuales por confirmar tan sólo aspectos ya conocidos.

La *Rerum novarum* influyó paulatinamente en los Estados y las leyes. Lo hizo indirectamente al consolidarse una opinión pública católico-social con empuje; directamente, debido tanto a la nueva orientación de la política socio-económica efectuada discretamente por Parlamentos y Gobiernos en sentido diferente a las pautas liberales en boga, como a la propuesta de importantes proyectos-ley presentados por los parlamentarios católico-sociales y generalmente rechazados por unas Cámaras de predominio liberal.

Turman recoge numerosos programas, manifiestos y congresos sociales, pertenecientes a una multitud de asociaciones y ligas, así como la actividad parlamentaria en Francia, Bélgica y Suiza (22). Su relación es la siguiente: en Francia (1886-1896), De Mun y su grupo (23) presenta tres enmiendas, nueve propuestas de ley y un contraproyecto, plenamente vanguardista para la época, respecto al trabajo y a las condiciones sociales de los obreros industriales. En la Bélgica de finales de siglo, doce diputados del muy

(22) TURMAN, *op. cit.* Además de las propuestas de ley y de las leyes decretadas, véase los programas, manifiestos y congresos en págs. 309-359, y una relación del catolicismo-social en Francia desde 1891, págs. 419-437.

(23) Antes de 1900 este grupo parlamentario era reducido: conde Albert de Mun, abate Lemire, abate Gayraud, Le Cour-Grandmaison, Morbihan, Hazebroutck, Dansette, Paul Roger... Fueron muy activos, aunque les faltó fuerza numérica parlamentaria. Sus propuestas de ley son numerosas, anticipándose a los socialistas, por ej., en el sistema de seguros obligatorios (Morbihan). Estas propuestas de ley son anteriores a la Acción Liberal Popular (ALP), de 1901, surgida de dicha minoría parlamentaria.

activo catolicismo-social, defienden una ley y seis propuestas de ley de carácter progresista en difícil lucha contra el conservadurismo liberal. En Suiza, el cantón de Friburgo decreta una ley social en 1895 y otra en 1899.

Sabemos que, en Francia, las primeras leyes sociales son de 1841 y 1874; en Bélgica se inician en 1886; en Austria datan de 1883 y 1885, elaboradas por los círculos católico-sociales del periódico vienés *Vaterland*. En 1891 el Gobierno español declaraba que, al presentar nuevas leyes, «no se apartaría de los principios sociales y políticos enseñados en la encíclica»; otra cosa será la realidad debido al turnismo de partidos y a las oligarquías, etc. El conde de Torres-Cabrera y el obispo de Astorga, entre otros, presentaron varios proyectos de ley, y el marqués de Comillas «propuso varias medidas de carácter social (sobre crédito agrícola, emigración, jornada de trabajo, etc.), algunas de las cuales fueron adoptadas en España y constituyeron los inicios de la legislación social en nuestro país» (Tusell). Eduardo Dato y Silvela se hicieron eco del regeneracionismo católico-social; respecto a las reformas promovidas por Dato en 1900, verdadero punto de partida de esta legislación, Seco Serrano indica que «no resulta del todo exacto atribuir a la influencia directa de la *Rerum novarum* [aunque] esa influencia existió, sin duda». En las décadas de 1880 y 1890 la legislación social todavía era escasísima en Europa, a excepción de Alemania.

Si completásemos este recordatorio y se contabilizase las masas movidas en los actos públicos y asociaciones, podríamos esbozar el auge y la actividad de los católico-sociales que, en número de afiliados e influencia social, disputaron al socialismo su incidencia en el mundo laboral, y le sobrepasaron en realizaciones verdaderamente sociales.

La *Rerum novarum* también repercutió en el tratado internacional de Versalles (29-VI-1919), apartado XIII, artículo 417, al establecer los principios que debían regular las relaciones laborales en unos términos similares a dicho texto pontificio.

La encíclica supuso un aldabonazo en la conciencia de los católicos transigentes con el liberalismo. El legitimista De Mun, galvanizaba así a su auditorio: «Recordareis la sorpresa, la emo-

ción y luego después la aclamación universal con que fue recibida [la encíclica]; sorpresa profunda en todos los que no acertaban a ver en la Iglesia sino una especie de guardia civil o de polizonte de la sociedad burguesa y en toda esa multitud de satisfechos, escandalizados de oír a la más alta autoridad del mundo sancionar ideas y doctrinas que ayer creían subversivas y funestas (...)» (*Discurso*, 6-VI-1898; Turman, pág. 244).

EVOLUCIÓN

El movimiento social-católico experimenta modificaciones en su compleja andadura, independientes de la *Rerum novarum*. La inflexión más importante, observaba claramente en todos los países a comienzos del siglo XX, conllevaba un pugilato entre dos grandes tendencias católicas, e implica los cambios siguientes: en el estímulo y dirección del movimiento obrero católico, las élites sociales —nobleza, obispos, clero, etc., no obreros— son sustituidas por los propios trabajadores católicos. No en vano, en 1911 De Mun reconocía no haber podido llegar a la compleja y globalmente considerada clase obrera francesa. De potenciar hasta entonces los objetivos espirituales e instructivos, económicos y puramente recreativos —según este orden—, el sacerdote Franz Hitze hizo ver que «el factor de la formación religiosa debía ser central, que las cuestiones profesionales tenían consistencia material propia y, finalmente, que la lucha por el trabajo es parte esencial de una verdadera organización de trabajadores». Es decir, los sindicatos se «definían por su papel económico y social, sin poner en primer plano su finalidad moral y religiosa» (R. Aubert). De esta manera, los factores religiosos pasan a un segundo término respecto a los económicos y organizativos. Del corporativismo (se discutía si voluntario u obligatorio) defendido por De Mun, Ketteler, Toniolo, Vincent, etc., se originarán las asociaciones profesionales de obreros. El carácter mixto del movimiento (patronos y obreros) pasa a ser exclusivamente obrero (24). La vinculación a la jerarquía ecle-

(24) La primera organización católica exclusivamente obrera la funda

siástica deja paso a una relativa autonomía. Se mantuvo la confesionalidad católica (25) y la influencia eclesiástica, pues además que en sí mismas no originaban problema alguno se consideraban necesarias.

De propugnar el absentismo político debido al carácter sólo social del movimiento, se llega a una paulatina vinculación política (en Bélgica se reclama antes de 1914). De carecer de un espíritu propiamente combativo se llega a poseerlo. También se produce el caso inverso, pues los católico-sociales hicieron que los partidos confesionales ampliasen sus temas a los sociales. Tras las divergencias internas sobre la conveniencia y el grado de intervención subsidiaria del Estado en la cuestión social, se opta por defenderla sin reparos. De la defensa del sufragio universal tradicional —organizado y orgánico—, se pasa a la paulatina aceptación, en ciertos Estados, del individualismo político liberal.

Como en otros países, en España se enfrentarán dos tendencias no liberales en torno a 1907. Una había iniciado el catolicismo-social y la otra distinguía rigurosamente la cuestión religiosa de la labor social. Según esta última, las agrupaciones debían de tener un contenido más económico y social, ser libres y no mixtas (horizontales y no verticales, profesionales y sólo de obreros) y optar por la lucha reivindicativa. El jesuita Palau, los dominicos, Arboleya, etc., preferían esta última posición, frente a los jesuitas, el marqués de Comillas y al final también la jerarquía, que optaban por la primera. Poco después llegaron a convivir dos organizaciones paralelas: los sindicatos dependientes de la jerarquía (CNSC,

el P. Alfonso Ariëns en Holanda (1889). Dos años después se constituye el primer sindicato católico de obreros industriales.

(25) Aunque Pío X fue, en general, contrario al reduccionismo confesional de los sindicatos, en Alemania se planteará reducir la confesionalidad católica a la cristiana por motivos de eficacia, ya iniciado el siglo xx. El «Partito Popolare Italiano», surgido en 1919, no será confesional, aunque, de hecho, en ciertos aspectos, se inspire en la doctrina católica. En 1920 se funda la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos, cuyo programa de 1922 es cristiano al apoyarse e inspirarse en la doctrina y moral de Jesucristo. En 1968 ésta ha sido sustituida por la ya aconfesional Confederación Mundial del Trabajo, a mi parecer fruto de la secularización de la época.

1919) y otros independientes de corte tradicionalista (CN de sindicatos libres, 1923). Todos ellos eran confesionales católicos.

Las bases organizativas del sindicalismo católico o movimiento obrero de trabajadores católicos iniciado en Europa en 1889, se establecieron antes de 1880 en países como Alemania, Bélgica, Francia, Holanda. Tras la *Rerum novarum* se intensificaron los esfuerzos en el campo social y, como consecuencia, el sindicalismo, que era uno de los aspectos más relevantes —aunque no el único— de la cuestión social, además de potenciarse en dichos países, comenzó su desarrollo en Austria, España, Italia, Portugal...

CONSIDERACIONES FINALES

Es erróneo identificar el movimiento obrero con el obrerismo revolucionario. Incluso socialistas como Henri de Man, Indalecio Prieto, Koulischer, Albert Thomas, Emilio Vandervelde, etc., así lo han reconocido. La Iglesia se adelantó en el tiempo al marxismo en la lucha por la redención de los trabajadores, pues tras 1838 los obispos de Rouen y Annecy, entre otros, condenaban el trabajo de los niños, el excesivo horario laboral, la explotación de los trabajadores manuales, etc. No todo quedó en palabras, sino que se pasó a una acción cada vez más consolidada y eficaz. Por eso es impropio el complejo de inferioridad de no pocos católicos al respecto, quizás por ignorancia, repetición de tesis erróneas, mala conciencia personal, etc. Sabemos que dirigentes revolucionarios admiraron públicamente la doctrina social católica; otros se alarmaron de la importante influencia de la Iglesia en el mundo del trabajo, desde Marx respecto al cardenal Ketteler hasta el canciller Bismarck.

Aunque un núcleo de seglares, sacerdotes y obispos abandonasen, con éxito, un movimiento social y después provocasen su expansión tras 1891, los social-católicos no pudieron desarrollar plenamente sus planteamientos iniciales, debido a que la Iglesia invirtió buena parte de sus energías en defender su propia libertad de los ataques de los Estados liberales, a las iniciales limita-

ciones organizativas superadas paulatinamente, a la oposición de ciertos católicos conformistas en materia social y de otros inconsecuentes por liberales. A ello se añade que los sindicatos *revindicativos* socialistas fueron anteriores a los católicos y que tras 1919 aquéllos adquirieron una mayor organización y protagonismo, quizás al ofrecer una vía rápida y expeditiva aunque violenta. Sin embargo, la ocasión era propicia para la acción católica, pues Mgr. Ireland declaraba la necesidad del catolicismo-social al proclamar: «Los poderosos empujes de la historia impondrán, tarde o temprano, esta solución, ya tras de trastornos terribles, ya por medio de reformas generales» (Turman, pág. 251). Los católicos-sociales optaron por lo último, como sujetos agentes de su historia.

No debemos subestimar la eficacia del catolicismo-social, aunque es cierto que en el siglo XIX hubo una limitada militancia obrera católica (y militancia en general); no se influyó en la globalidad de este complejo sector demográfico, ni se impidió su paulatina descristianización. Por ejemplo, en España este movimiento «asociaba al menos a tantos trabajadores como el socialismo y el anarquismo» (Olabarri), a la vez que de 1870 a 1930 había muchos trabajadores al margen de cualquier organización. El sucesivo alejamiento de los obreros industriales respecto de la Iglesia Católica (en Alemania no es tal antes de 1914), no sólo se pudo deber al mal ejemplo de aquellos católicos que admitían o se conformaban con el capitalismo-liberal (ideológico o práctico), sino especialmente a la descristianización global de la sociedad, según lo muestra el que también otras confesiones cristianas perdiesen su influencia en dicho sector. Esta secularización fue, en buena parte, contrarrestada con firmeza por la Iglesia jerárquica, por los católicos-sociales y por quienes centraban la lucha contra el sistema liberal en un terreno estrictamente político que, a su vez, influía en los restantes aspectos de la vida social. A diferencia de todas las confesiones cristianas, la Iglesia Católica se preocupó de la cuestión social: fue la más coherente con el Evangelio. Los obreros la sintieron a su lado. Decir esto no es triunfalismo o falta de ecumenismo, sino honor a la verdad.

La importancia de los católicos no se manifestó en hechos es-

pectaculares como lo es una revolución o revueltas y amenazas continuas. Sus métodos no fueron violentos o radicales, superficiales o demagógicos. No se trataba de hacer una revolución ni de originar males mayores, ni de destruir el orden económico moderno, sino de transformarlo, de combatir los vicios del liberalismo y del socialismo de Estado, de reformar gradualmente el mundo laboral desde dentro de la misma sociedad. Los católicos optaron por una vía propia en su camino hacia la industrialización. La Iglesia contrapuso a la concepción burguesa-liberal una concepción global social-católica, de manera que el vasto mundo laboral (campesinos, artesanos, obreros...) y la miseria del obrero industrial no era el todo, sino un elemento de gran importancia en la crisis global de la sociedad. Más que proponerse el imposible de influir en la sociedad desde las alturas de aquellos Estados imbuidos en el liberalismo, los católicos efectuaron una potente labor de reconstrucción, desde abajo, de la vida social. La eficacia de este medio fue considerable. Tras 1900 también se optará por una vía política. En España, el catolicismo-social, más tardío que en otros países, posee un balance positivo, a diferencia del supuesto fracaso en el que insisten ciertos autores.

La encíclica fue un motivo de unión al agrupar a todos los bautizados en torno a la cuestión social, de manera que, a este respecto, en la lucha social a los tradicionalistas (antiliberales) se les unieron los católicos-liberales. En Francia esto supuso un corte o cambio en la idea de contrarrevolución; no así en España al mantenerse el litigio de legitimidad monárquica.

Los movimientos católico-sociales de los diferentes países no formaron una «internacional». Aunque todos se inspiraron en la *Rerum novarum* y en las enseñanzas pontificias anteriores y posteriores a esta encíclica, formaban directivas, instituciones, orientaciones y formas de acción muy diferentes que se observan entre los diferentes países y dentro de cada uno de ellos. Estas enseñanzas han llegado a ser —al menos en parte— fermento y patrimonio de la humanidad, aunque la primera y principal misión de la Iglesia sea la vida eterna y para ello deba iluminar las realidades temporales desde una visión sobrenatural.